Los olvidados

Neftali Nava

Image not found.

Capítulo 1

Los olvidados.

Me encanta México, es un país grandísimo. En su vasto territorio puedes acomodar países enteros. Tenemos tantas lenguas, tantos dioses. Una rica cultura que sirve de cimiento para el México actual. Cultura que, lastimosamente, muchos desprecian y no valoran. Hay gente que no quiere ser mexicana; y otra tanta que no nació aquí, lo es…

Yo soy sureño, pero crecí en el norte, en una ciudad costera.

No importa dónde, en cualquier rincón de la república al que vayas te encontrarás con los olvidados. Ellos son esas personas que ves a diario, pero no los miras. Que oyes su voz, pero no los escuchas. Son a los que a veces repudias, de los que a veces huyes y te escondes.

Mi padre siempre les tiende un cinco, muchas veces un Benito, Benito de veinte, claro. Rememoro a mi padre dándoles siempre y nosotros reprochándole: << ¿Por qué les das dinero? ¿Para qué?>>. <<Aunque sea para un refresco”>>, Nos respondía.

Yo si los miro, rara vez, pero si los miro. Miro su cara de desasosiego, y de impotencia porque nadie los mira. Los veo, sobre todo, en el centro de las ciudades. Allí están esas personas deambulando, pidiendo un peso para comer, para seguir embriagándose o drogándose. También los oigo, nunca los escucho. Bueno, en ocasiones sí. Sobre todo, a los que veo y miro seguido. Por allí están esas gentes pregonando con su voz lacerada por sus gritos, por el cansancio; haber si logran que alguien los escuche.

Les digo que el centro de las ciudades es donde más te los encuentras, donde hay mayor diversidad de ellos. Si los miras, sabrás que hay de varios tipos: están los enfermos, los borrachitos, los drogadictos, y al final los que no tienen elección. Todos ellos olvidados por México, por su familia, por Dios.

De los que más tengo lástima es de los ancianos. Me dan una murria tremenda. Ellos son de los más inmunes y los que mayormente sufren; pues debido a su edad, a su cuerpo destartalado, poco pueden hacer para ganarse un peso. Los veo embolsando el mandado. Los veo en una banca del parque, sentados. Los veo en el centro boleando zapatos y fabricando sombreros de palma.

Por mi casa siempre miraba a una pareja de ancianos. Siempre estaban en la tienda; no pedían, pero a veces las personas los miraban y les daban

limosna. Mi padre era una de esas personas. Hasta platicaba con ellos, los escuchaba. Una vez mi padre me platicó que ellos sentían mucho cariño por él. La ancianita le dijo que lo quería como el hijo que nunca pudo tener. Esa conversación cimbró dentro de mí, me puso en perspectiva de esa gente: les dio un nombre y humanidad. Mi padre era mucho de ir a esa tienda y cada vez que llegaba yo le preguntaba por los dos señores "¿Qué le habían dicho?" "¿Qué hicieron?"

Pasaron meses, incluso años, y yo los seguía mirando en aquel recinto, perpetuos.

Un día mi padre regresó de aquella tienda y me dio una noticia que no esperaba.

-¿Qué crees hijo?
-¿Qué, padre?
-Me encontré al señor Jacinto. Me dijo que se había muerto su esposa, la viejita.

Me quedé estupefacto. Juraría que hace unos días los había visto, estaban en un triciclo; el señor estaba dándole y la señora sentada enfrente.

-¿Cómo así? Los vi hace unos días.

-Te equivocas, yo también pensé que hace pocos días los había visto, pero el señor me dio razón cuando dijo que su esposa tenía mes y medio de muerta.

-¿Cómo está el señor?

-¿Pues como crees? Deshecho. Mientras me contaba le salían lágrimas y se le quebraba la voz. Yo sentí muy gacho al mirarlo y al escucharlo. Traigo hecha nudo la garganta. No encontraba palabras para consolarlo ¿Qué le dices a alguien así?; alguien que está solo, qué se quedó solo.

Mi padre también me dijo que el señor, entre sollozos, le pidió que por favor lo llevara a visitar Guadalajara. El señor sabía que éramos de allá, mi padre le había contado; le dijo que su señora, la recién fallecida, le comentó que era un lugar bello, pues ella lo visitó alguna vez. El anciano le clamó, entre llantos y mocoseos, que quería ir allá antes de morirse. Mi padre le respondió afirmativamente. Yo solo reflexiono y espero que mi padre cumpla con su promesa. Me siento mal por el anciano, ahora se halla solo; ya era olvidado, pero ahora estaba rodeado de la soledad absoluta. Rodeado del olvido femenino.

Otro sector de los olvidados, y el que más tristeza me da y que más inmunes son, es el de los infantes. Los ves por todas partes, andan vendiendo sus palanquetas, sus chicles, sus mazapanes y paletas. Los ves

en la parada del semáforo, en la entrada del supermercado. Casi siempre acompañados de sus padres. Cuando los miras, te percatas de su descalcez, de su ropita socia, de sus rostros quemados. Pero siempre me asombra su inocencia pueril. Una inocencia que nadie les arrebata: casi siempre con una sonrisa es sus rostros queriéndote enjaretar algo. A veces me pregunto si son felices, si tienen amor. Cuando los miro corretearse y reírse se aclarece la duda. Pero a veces solo los miro con la cabeza gacha detrás de las faldas de sus madres, con los ojos caídos y su delgadez hambrienta.

Una vez mis padres nos llevaron a comer a una hamburguesería. En el auto servicio, mientras esperábamos nuestras hamburguesas, un niño se encontraba pidiendo ayuda; todos lo miramos. Tenía su piel maltratada, estaba descalzo. Se acercó a la puerta del coche y les pidió a mis padres, no que le ayudaran, sino que le compraran una hamburguesa. Mis padres le compraron una, y al dársela el niño se fue a devorar su alimento en la banqueta.

En otra ocasión, recuerdo estar en el cine. Miré entrar a una niña, rechonchita, morenita; estaba vendiendo paletas. Aquella infanta me recordó tanto a mi primita, qué por poco y lloro. No tanto por lástima, sino porque la niña estaba feliz, estaba sonriendo mientras las demás personas solo la veían y le sacaban la vuelta. Me conmovió tanto su sonrisa, su inocencia. Volteé mi cabeza y mi hermano estaba sollozando, yo me quebré, y lo acompañé en su lluvia amarga y salada. En ese momento me di cuenta de que no era el único que miraba a los niños.

Durante mucho tiempo he escuchado y leído sobre la reencarnación. Dicen que en esta vida se viene a pagar lo que hiciste en la otra. Recuerdo a mi abuela decir: << ¿Sabrá Dios qué hizo que la está pagando tan caro?>>. Yo solo me pregunto: ¿por qué Dios castigaría a niños? Niños inocentes que no han vivido, que nada deben, y que su único pecado es haber nacido en la familia equivocada. Tantos dioses que tenemos en México y ninguno sale a su auxilio. El Dios extranjero, que su iglesia excusa, ni sus luces.

¿De qué sirven tantos dioses en esta tierra si no ayudan a los olvidados? No entiendo como los olvidados les siguen pidiendo, rogando que los ayuden. ¿Qué acaso no ven que hasta los dioses los han olvidado?

México es un inmenso laberinto, te puedes perder dentro de él. Al cruzarlo te toparás con todo tipo de personas: porque México es rico en etnias y en mestizaje. Mientras caminas, escucharás, retumbando entre sus muros, todo tipo de lenguas: porque México posee sesenta y nueve. Si volteas al suelo observarás cuantiosos paisajes: porque México posee un ecosistema envidiable. Pero conforme más te adentras en aquel laberinto mexicano, presta atención, y mirarás entre cada grieta de su estructura, de sus muros, a cuantiosas personas sin nombre, sin humanidad. Personas

olvidadas por México y por los dioses. Olvidados que se encuentran atrapados en este tortuoso e inmenso laberinto de la soledad.